

COMENTARIOS

A LA

ORDENACION

GENERAL DE LA

LITURGIA DE LAS HORAS

## RELACION ENTRE LA LITURGIA DE LAS HORAS Y LA EUCHARISTIA

12. *La Liturgia de las Horas extiende a las diversas horas del día (Cf. Conc. Vat. II, Decr. Presbyterorum Ordinis, n. 5) tanto la alabanza y acción de gracias, como el memorial de los misterios de la salvación, las peticiones y la preguatación de la gloria celestial que se hacen presentes en la celebración eucarística, "centro y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana" (Conc. Vat. II, Decr. Christus Dominus, n. 30).*

*A su vez, la Liturgia de las Horas es también la mejor preparación para la celebración eucarística, por cuanto estimula y alimenta convenientemente aquellas disposiciones que son necesarias para una celebración fructuosa de la Eucaristía, como son la fe, la esperanza, la caridad, la devoción y el espíritu de abnegación (1).*

Afirmar que entre la celebración de la Eucaristía y la de la Liturgia de las Horas media, de una u otra forma, un nexo de relación, no constituye ciertamente una novedad: ya el antiguo Breviario romano —lo recordarán las personas habituadas a su uso— establecía la recitación de una determinada hora canónica antes de la Misa conventual: Tercia en los domingos y fiestas, Sexta en las ferias del tiempo ordinario, Nona en los días penitenciales. Pero hay que reconocer que esta relación, dependiente sólo de la colocación material de la misa después de una determinada hora del Oficio reducía la relación

a algo bien extrínseco y superficial, cuya razón habría que buscar exclusivamente en los horarios y costumbres medievales y cuya permanencia hasta nuestros días sólo podía explicarse por la no adaptación de algunas normas jurídico-litúrgicas a las costumbres y horarios más recientes.

La OGLH, en cambio, al hablar de la relación existente entre la Eucaristía y la Liturgia de las Horas, se sitúa en un plano totalmente distinto: el de la interdependencia ontológica de contenido o finalidad que existe entre ambas celebraciones. Aquello mismo que la comunidad cristiana celebra en la Eucaristía, lo celebra también y está presente —aunque en un plano distinto— en la Liturgia de las Horas. Por ello precisamente puede afirmarse que la Liturgia de las Horas hace presente *en las diversas horas del día* lo que *una sola vez al día* se ha celebrado de una manera culminante en el misterio eucarístico. Se trata, pues, de un mismo misterio que, en la Eucaristía se *culmina* (póngase atención en la cita del Decr. Christus Dominus que aduce la OGLH) y, en cambio, en la Liturgia de las Horas, cuya finalidad es santificar las diversas etapas de la jornada, *se extiende*, de una manera ciertamente menos intensa, pero, en cambio, más frecuente.

La OGLH alude a un conjunto de factores que se contienen en la celebración eucarística son también el núcleo o finalidad principal de la Liturgia de las Horas: la alabanza, la acción de gracias, el memorial de los misterios de la salvación, las peticiones y la preguatación de la gloria futura. Digamos, en primer lugar, que este elenco no debe tomarse como una simple enumeración de facetas, sino como un conjunto de aspectos relacionados entre sí e interdependientes unos de otros. Fundamentalmente podemos decir que la Eucaristía es “el memorial de los misterios de la salvación”, es decir, el instrumento o celebración del paso del Señor, como cabeza de la humanidad nueva, de este mundo al Padre: “Haced esto en conmemoración mía”. Este “paso del Señor” o Pascua de Jesucristo, en la Eucaristía por una parte es tema de contemplación, y por otra se hace objetivamente presente en los signos sacramentales y se da a los fieles como alimento y prenda de su esperanza. En efecto, en la Eucaristía no sólo conmemoramos la victoria de Cristo sobre la muerte sino que, haciendo objetivamente presente esta victoria en el sacramento, nos unimos a ella al recibir los signos sacramentales: “a quien coma mi carne y beba mi sangre... yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6,54). Ella, pues, nos hace contemplar y nos une sacramentalmente a la salvación que Cristo ha realizado por nosotros. Y de este hecho fundamental se sigue la alabanza y acción de gracias de un pueblo que se siente salvado y en la Eucaristía preguata ya su resurrección futura y suplica por los hombres para que todos alcancemos esta salvación que celebra.

Pues bien, este mismo tema que, arrancando de la contemplación del Miste-

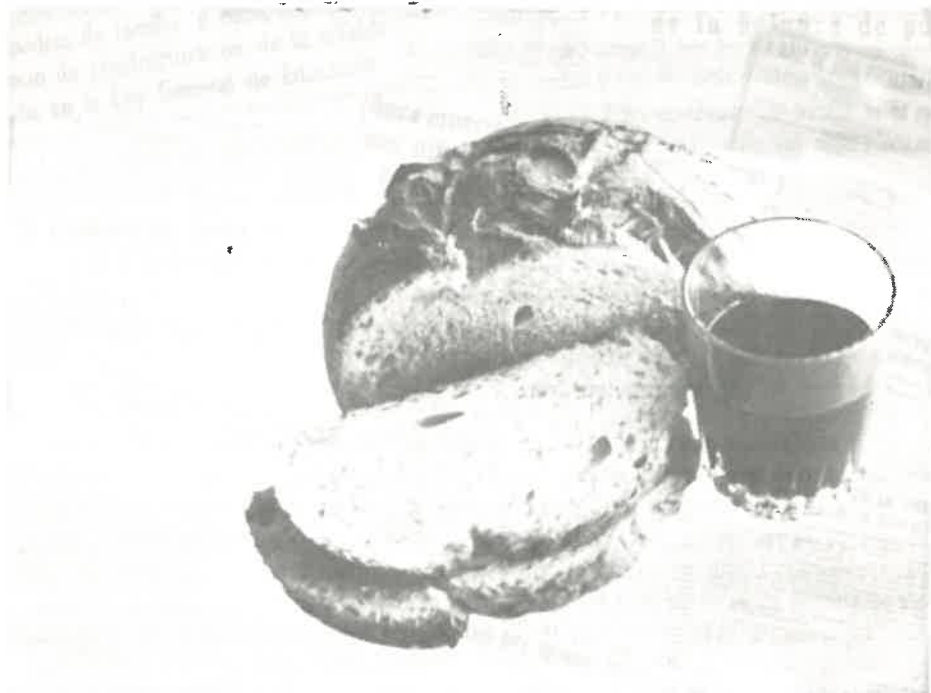
rio Pascual de Cristo, nos lleva por una parte a la alabanza, acción de gracias y preguſtación de la gloria y por otra a la súplica para que todos los hombres alcancen participar en la victoria del Señor, está presente también y es el motivo fundamental de la Liturgia de las Horas. Es más, podemos incluso afirmar que este Misterio constituye el único tema de toda celebración cristiana; por ello precisamente la Iglesia celebra en cualquiera de las etapas del ciclo litúrgico —lo mismo en Navidad que en Cuaresma, lo mismo para interceder por un difunto que para celebrar la gloria de un santo— el sacramento eucarístico porque absorba en este misterio su esfuerzo para proyectar la Pascua con que el Señor nos ha salvado a todas las circunstancias de nuestra vida.

Pero este único Misterio Pascual se celebra a *diversos niveles*. De la misma forma que una única exigencia de fidelidad a Cristo nos pedirá a veces servir a un hermano en una pequeña necesidad o ser fieles en el cumplimiento de nuestros habituales deberes —levantarse, por ejemplo, a la hora establecida— y en otras ocasiones nos puede llegar a exigir incluso el derramamiento de nuestra sangre en el martirio, así también cuando se trata de la celebración litúrgica, el Misterio Pascual lo celebramos con intensidad diversa.

Si tuviéramos que hacer como una escala progresiva de las maneras o intensidades con las que celebramos la Pascua del Señor, señalaríamos en primer lugar la Liturgia de las Horas: a través de los salmos que nos presentan diversas situaciones en las que se refleja la esclavitud, la libertad, el actuar de Dios, la acción de gracias, etc., revivimos como ya desde el Antiguo Testamento, el pueblo de Dios, al cual nos sentimos incorporados, hace que en las primeras etapas de la Revelación conocamos, únicamente bajo el aspecto de liberación de los enemigos o males sensibles, su marcha hacia el Reino. En un segundo plano señalaríamos la celebración diaria de la Eucaristía: pequeños grupos de cristianos esparcidos por el mundo, no sólo contemplan en los salmos y en el conjunto de la Palabra de Dios la Pascua iniciada en el Antiguo Testamento y culminada en la Resurrección de Jesucristo, sino que incluso, bajo los signos del pan y del vino, la hacen presente en la Iglesia y por ella en el mundo. Y esta celebración, por su sacramento, si bien tiene la misma motivación que la Liturgia de las Horas —celebrar la Pascua— posee, con todo, una intensidad mayor que el recuerdo y la contemplación a través de la Palabra: la presencia objetiva del misterio en los signos sacramentales.

Un tercer nivel, más intenso y más expresivo, lo constituye la celebración de la Eucaristía dominical: aquí no se trata sólo de las palabras y el recuerdo, como en el Oficio Divino, ni tan sólo de la presencia objetiva de la Pascua de Cristo por los signos sacramentales; aquí tenemos además a *toda la familia eclesial*, extendida de Oriente a Occidente en multitud de lugares, que, *en el mismo día de la Resurrección*, se une por los signos del sacramento a la victoria pascual.

No sólo la Palabra se hace contemplar, no sólo los signos del sacramento, sino además de todo ello, el hecho de la reunión de *toda* la Iglesia congregada en el *día* mismo en que el Señor resucitó. Y en línea de una intensidad aún más total, como signo el más expresivo de la Pascua del Señor, podríamos indicar aun la celebración de la Eucaristía en la misma noche de Pascua.



Distinguir bien estos niveles y advertir como varía únicamente la intensidad y no el contenido, es la mejor manera de ir practicando en el sentido más auténtico de la celebración cristiana. Y celebrar este único misterio de salvación a *diversos niveles*, facilita sin duda la captación y vivencia de la Pascua mucho más que hacerlo siempre en el nivel más intenso que es el eucarístico, porque de la misma forma que en nuestra vida —humana y cristiana— no todo es trascendental ni heroico, sino que hay un nivel de ritmo habitual, cuya rectitud preparará los momentos más trascendentales e incluso heroicos que no se presentan cada día, así en el plano de celebración litúrgica, la celebración pausada y atenta, que va contemplando, por ejemplo en los salmos del Oficio, las diversas virtudes de Israel, que preludian la victoria definitiva del Misterio Pascual en sus diversos aspectos, prepara para la celebración más culminante de la Eucaristía.

En el hecho, pues, de un único motivo de celebración —la victoria pascual—

celebrado incesantemente a diversos niveles estriba fundamentalmente la Liturgia de las Horas—Eucaristía. No se trata, pues, de relacionar materialmente ambas celebraciones sino de lograr que a diversos niveles se viva siempre del Misterio Pascual en cada momento de la jornada. Por ello precisamente —lo notábamos ya en nuestro anterior comentario— perdería toda su finalidad y su sentido celebrar las horas canónicas inmediatamente o después de la misa, prescindiendo de su momento propio, la finalidad, en efecto, de las diversas partes del Oficio —lo diremos con palabras de la OGLH— no es alargar la celebración sino “extender a las diversas horas del día” lo que de una manera culminante se celebra en la Eucaristía.

Si en algún caso a una hora determinada y consagrada ya por una hora canónica, se debe celebrar la Eucaristía —que por no ser Liturgia de las *Horas* no tiene momento especial— lo correcto no es entonces yuxtaponer una celebración a la otra, sino más bien unir a la Eucaristía algunos elementos característicos de la *Hora* en que la comunidad celebra. Entonces tenemos no dos celebraciones —Tercia, por ejemplo, y Misa— sino una sola celebración, la Eucaristía, que porque se celebra a la *hora* de Tercia, toma de ella algún matiz característico. Pero ello, evidentemente, sólo tiene sentido en el caso de que la Misa se celebre a la *hora* propia de una determinada parte del Oficio. Y es ésta precisamente la práctica que propone la OGLH en los nn. 93-99 que comentaremos en su momento oportuno. Hacer lo contrario, colocando una celebración después de la otra, prescindiendo de las Horas, sería no descubrir la finalidad de cada celebración: la Eucaristía como *culminación*, las diversas partes del Oficio como medios para “extender a las diversas horas del día” lo que se ha celebrado en la Eucaristía.

Pedro Farnés, pbro.

- [1] Adviértase que la edición de la OGLH que aparece en el volumen I de la edición típica catalana de *Liturgia horarum* introduce una modificación con respecto a esta frase. La edición de la OGLH promulgada en 1971 (que es la que fue publicada en latín y castellano por el S. Nacional de Liturgia) habla de “spiritus sacrificii”, en cambio la edición definitiva corrige acertadamente esta frase y dice “seseque abnegandi studium”. La finalidad de la corrección es clara: el sacrificio es un acto cultural, la abnegación, en cambio, una ascesis personal, y aquí se habla de la segunda. Nuestra versión responde al texto corregido.